

D I A N A P A R I S

Secretos familiares, ¿decretos personales?

EL ENTRAMADO INCONSCIENTE EN LA TRANSMISIÓN GENERACIONAL
Y CÓMO SUPERAR LA REPETICIÓN DEL ÁRBOL GENEALÓGICO



Del Nuevo Extremo

Diana Paris

Secretos familiares, ¿decretos personales?

El entramado inconsciente en la transmisión generacional y cómo superar la repetición del árbol genealógico

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[1. Genealogía. Las sombras del árbol](#)

[2. Biografía y novela familiar](#)

[3. ¿Qué es un secreto?](#)

[4. Secreto y nombre](#)

[5. Secreto y salud](#)

[6. Secreto y dinero](#)

[7. Secreto y mandatos](#)

[8. Ser jardinero del propio árbol](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

Diana Paris

Secretos familiares, ¿decretos personales? : el entramado inconsciente en la transmisión generacional y cómo superar la repetición del árbol genealógico . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Del Nuevo Extremo, 2016.

E-Book.

ISBN 978-987-609-574-7

1. Psicología. 2. Superación Personal.

CDD 158.1

© Diana Paris 2014

© Editorial Del Nuevo Extremo S.A., 2014

. J. Carranza 1852 (C1414COV) Buenos Aires, Argentina

Tel/Fax: (54-11) 4773-3228

-mail: editorial@delnuevoextremo.com

www.delnuevoextremo.com

Imagen editorial: Marta Cánovas

Correcciones: Mónica Ploese

Diseño de tapa: Magdalena Okeck

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Digitalización: Proyecto451

ISBN edición digital (ePub): 978-987-609-574-7

Para Alejandro Gorojovsky, que -como en el cuento de María Teresa Andruetto, "El árbol de lilas" - estaba debajo de un árbol cuando nos encontramos.

“¿Qué hacés aquí, sentado bajo este árbol? Y el hombre dijo con la voz quebrada: Te espero”.

“El hombre no es más que un mísero puñado de secretos. Y la Historia sólo se completa hurgándolos”.

ANDRÉ MALRAUX

1

Genealogía.

Las sombras del árbol

“Nos es lícito entonces suponer que ninguna generación es capaz de ocultar a la que le sigue sus procesos anímicos de mayor sustantividad”.

SIGMUND FREUD

“Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”.

JUAN, 8:32

Cada familia es un mundo (de secretos)

En las casas de mis amigas de la infancia todo parecía tan diferente de lo que sucedía en mi familia. Un ambiente, un clima, un orden distinto regía en los espacios cotidianos. Yo sentía que se hablaba, se comunicaba, se permitía (invitar, compartir o decidir algo) naturalmente, espontáneamente, sin miedo. Mostraban un tipo de familia que no coincidía con *mi* tipo de casa. Hoy me pregunto, ¿sería así en “realidad”?

Digámoslo de entrada, con Nabokov, pienso que la palabra *realidad* debería utilizarse siempre entre comillas. Hoy, eso que creía “la realidad” se ha relativizado y tal vez mis amigas de entonces vivieran la propia familia con otra fotografía que no encajaba en el marco que yo les había puesto desde mi mirada ajena, extrañada.

Si una definición de *familia* es: “conjunto de personas que viven al abrigo de una misma llave” (1)... ¡hay que reclamar al cerrajero!

No es cierto que todos los miembros de una familia manejen *la misma llave*. Como en “Barbazul”, en todo relato familiar hay puertas vedadas, cofres cerrados, puentes destruidos que impiden avanzar, temas interdictos. Hay frases que se pronuncian casi en silencio o a los gritos (y por eso mismo de modo confuso), datos que dejan entrever un resto oculto: de eso no se habla. Intuimos que pasó algo, que tal vez fue en ese año, que justo llegó alguien e irrumpió en el diálogo, que se mencionó al pasar un episodio peligroso, pero no hay certezas. La información aparece recortada, retocada, fragmentada, incompleta. Por eso, los secretos guardados bajo siete llaves inscriben la utopía de que haya una sola llave que abrigue a toda la

familia. Unos manejan saberes que les abren ciertas puertas prohibidas a los demás...

Encontrar al interlocutor adecuado, a ese miembro de la familia que maneja las llaves, y hablar, llorar, repreguntar y no juzgar se hace necesario para destrabar el candado de la verdad. Hacer catarsis gracias al saber adquirido, iluminado por la palabra que nos trae alguna confianza recuperada y dejar cicatrizar. Solo así nos desprendemos del peso del secreto que cargamos en el presente y que viene de las generaciones anteriores, y regresa una y otra vez. El inconsciente es transgeneracional. Afirmemos esta idea central desde el comienzo: la transmisión es inevitable.

Pesadillas, rumores y “un algo inexplicable” que se siente enredado pero persistente reclama investigar y comprobar hipótesis que den sentido al sentimiento que angustia. El saber imaginario vale tanto como el “real”, insisto con Nabokov, siempre entre comillas. La realidad -lo que entendemos por realidad- nunca es la misma para dos personas. Quien ha sufrido un hecho traumático hallará en su biografía algún sentido para recuperar esa experiencia, someterse al legado o soltarlo.

Los nuevos vínculos -amigos, parejas, compañeros, cada sujeto significativo en la vida de cada uno- pueden cambiar la base patológica que trae nuestra historia personal y ayudar a modificar el estilo afectivo “predeterminado” por la herencia que tenemos.

Los secretos se acomodan en los rincones del árbol genealógico, salen en nombres inesperados, vínculos inexplicables, más rumor que diálogo. De tanto callarlos se hacen innombrables y terminamos creyendo que no existen... Pero aguardan a que sea la hora de tomar conciencia.

A veces hay que remontar la Historia, con mayúsculas, y registrar fenómenos horrorosos que siguen sellados a fuego en los individuos: el traumatismo ancestral de las colectividades inmigrantes, los grupos religiosos, étnicos o

políticos de cada pueblo marcan que huyeron en las peores condiciones y hacen un montículo de tierra en la psiquis de sus descendientes: el holocausto judío, la expulsión de los moros de Granada, el genocidio indígena producto del “descubrimiento” de América, la masacre de los armenios, la voladura de las Torres Gemelas en los Estados Unidos, la bomba a la AMIA..., la lista es inmensa: la violencia humana no da tregua.

Cada uno tiene un mapa de los sucesos que han marcado a nuestros ancestros. ¿Murió en la Primera Guerra Mundial algún antepasado? ¿Participó en la Segunda Guerra Mundial mi bisabuelo? ¿Terminó sus días gaseado en algún campo de concentración? ¿Tengo filiación con miembros familiares que intervinieron en las peleas intestinas entre caudillos federales y unitarios en los albores de la patria? ¿Sufrió mi padre la expulsión de su casa paterna o transitó un exilio forzado? ¿Fue algún miembro familiar víctima del terrorismo de Estado? ¿Es ese primo “diferente” producto de los avatares sufridos por detenidos-desaparecidos en las dictaduras chilena, uruguaya, argentina de los años setenta? ¿Dudo de mi identidad y cabe la posibilidad de haber sido un niño apropiado por los dictadores? ¿Sospeché alguna vez que mi hermano era adoptado?

Rencores que olvidaron la causa de ayer pero tienen el foco en un chivo expiatorio de hoy, *vendettas* familiares que perduran en el tiempo, toma de posta en la guerra o en la economía hogareña, pueblos enemigos desde antaño sin causa visible en el presente, pero que siguen en pie de lucha... Si conociéramos la psicohistoria de los enfrentamientos y baños de sangre de los pueblos, tal vez comprenderíamos ciertos problemas “sanguíneos” en nuestro propio clan; superando los dolores personales quizá podríamos detener la máquina de muerte y destrucción que en cada rincón del planeta se sigue multiplicando.

Sin llegar a deseos tan mesiánicos, volvamos al hogar: pequeño escenario de otras “guerras” donde cada cual

tiene sus propios interrogantes familiares.

La psicogenealogía

La psicogenealogía plantea que no hay escapatoria para hacerse las preguntas necesarias sobre la identidad y buscar las respuestas a cuestiones familiares dudosas (que siempre se producen en un determinado contexto histórico que debe ser considerado). La psicogenealogía pretende dar herramientas para que hechos traumáticos no se tomen revancha doscientos años después con quienes son portadores de un duelo no realizado.

Las personas tenemos rasgos de uno y otro progenitor: los ojos del padre y la sonrisa de la madre, y -además de esas "marcas" visibles- una herencia psicológica. Cuando el espanto paraliza y borra el lenguaje, se sepulta la palabra. La psicogenealogía nos ayuda a ver las marcas menos evidentes porque no son nuestras, las traemos de antaño.

Françoise Dolto -la fundadora del psicoanálisis con niños en Francia- nos enseñó que desde la infancia se necesita de la verdad para vivir. Los trastornos se arrastran desde lejos (desde la concepción misma y más atrás: desde la psiquis de los antepasados): el contrato entre el nuevo integrante de un clan que llega al mundo y sus antecesores trae con firma indeleble e inconsciente una enorme carga. Si esos pactos no se revisan a tiempo, se traducirán en enfermedades, traumas, insatisfacción o miedo.

Diferenciamos ya mismo la transmisión intergeneracional (de padres a los hijos, mientras están todos con vida) y transgeneracional (lo inconsciente que pasa a través del linaje por varias generaciones). Me interesa que cada lector repase con mirada y atención inquisitiva frases y fechas, acontecimientos que suenan muy parecidos a lo largo del

tiempo, repeticiones y sucesos traumáticos como suicidios, adicciones, exilios, abortos.

En estas páginas les propongo examinar esas cuestiones de familia que hacen ruido, o intuimos que están con algún tipo de desajuste a fin de poder explicarnos cómo inciden las lagunas de la información, eso no-dicho de manera clara en la construcción de un sujeto libre y sano, sin mandatos tóxicos que se remontan de una a otra generación obligando a los más jóvenes a repetir el patrón familiar.

Ser fieles, ser dignos del amor de esa familia, ser leales y cumplir con todo lo que se espera de nosotros a veces sale muy caro, tiene un precio alto que llega a pagarse con el propio cuerpo.

Darse cuenta

La línea de trabajo que propongo utiliza una herramienta innovadora (si pensamos que el psicoanálisis tiene apenas más de cien años) que se ha dado en llamar psicogenealogía o psicología transgeneracional – popularizada en Francia a partir de los estudios de Anne Ancelin Schützenberger hacia 1980– y que abarca muchas teorías, prácticas y escuelas de pensamiento.

Los estudios que se han abierto a partir de esta perspectiva son amplios y diversos: van desde los más apegados a las neurociencias, hasta los ligados al chamanismo y la psicomagia. En lo personal, no todo me interesa como apoyatura, pero considero valioso el campo nutricional de posibilidades que se abren para explorar desde otro enfoque el dolor psíquico y las repeticiones patológicas en un mismo clan. (2)

En mi propia experiencia de trabajo, prefiero los soportes que ofrece el psicoanálisis, los mitos, los contextos históricos, la literatura y los casos clínicos recogidos en la

práctica como así también mi propia biografía; abro un abanico que me permite analizar con amplitud de mirada los árboles genealógicos, los relatos familiares y los bloqueos afectivos que aparecen en determinados momentos de nuestra historia personal.

Busco averiguar sobre esos pactos invisibles que – sabiéndolo o no– retoman lo que ha quedado inconcluso en la generación precedente y en la anterior, y en la que está en el origen, y allá lejos...

Como esas fotos que se guardan en un cajón por años, que no se miran nunca... pero ahí están, así incuban en nuestra vida los secretos que no nos fueron revelados. Darse cuenta es comenzar a develar la trampa y encontrar la salida. Para eso, hay que animarse a usar las siete llaves del cerrojo, hasta la que abre el submundo menos feliz, más doloroso, vergonzante, temido. O –por fortuna para muchos– un cofre de buenas noticias: no todas las familias son conflictivas o guardan monstruos en sus entrañas.

Muchas revelan con el análisis genealógico la certeza de por qué elegimos una profesión determinada, la sorpresa de descubrir la potencialidad de nuestro nombre, la alegría de confirmar que fuimos un hijo muy deseado, que crecimos libres y autónomos, que no nos vimos obligados a presenciar situaciones de violencia o desarraigo.

La empresa de quien se anime a bucear en el linaje al que pertenece nace de las preguntas más básicas: ¿con qué o con quién resuena mi nombre? ¿Por qué me enfermé de cáncer a los 50 años sin antecedentes familiares? ¿Es casualidad que cada septiembre me invada una angustia abismal? ¿Saldaré esa deuda que me persigue y que aunque pague es inacabable? ¿Cómo se repartirá esa herencia tan peleada? ¿Cuál es el refrán-muletilla de mi familia? ¿Y si mi vocación fuera otra? ¿Era inevitable el exilio al que se vio sometido mi abuelo? ¿Cómo perder el terror a lo metálico, lo frío, lo cortante? ¿Es posible sanar el

rencor con tal o cual pariente? ¿Por qué me siento tan ligada al judaísmo si mi familia es católica?

“No sé qué ha pasado que corté los lazos con mi hermana -se pregunta un consultante mientras desarrollamos su árbol genealógico-, si en mi familia todos tienen buena comunicación”. A poco de armar la trama surge lo que el paciente -un hombre de 53 años- no había podido ver: sus tíos maternos y paternos también habían sido víctimas de desentendimientos, peleas, fraudes y entre ellos “habían cortado los lazos” y se habían estafado mutuamente en la parte a heredar por cada uno.

Madre, padre e hijos, hermanos, abuelos, bisabuelos, primos y tíos conforman el patrón de nuestras relaciones, y en una misma familia unos miembros tendrán mayor o menor afinidad con unos u otros integrantes aunque todos conformen “la misma tribu”. Sin embargo, compartir la familia y lo heredado no implica compartir la misma psicogenealogía.

El lugar que ocupamos en el grupo (primer hijo, hijo de reemplazo tras un hermano muerto, último en nacer, deseado o “de sorpresa”), el sexo, las expectativas y proyecciones de nuestros mayores, el contexto social de la concepción y el nacimiento, “escriben” guiones diferentes para cada hijo en la *comedia humana* que debemos actuar sobre el escenario de la vida.

Ver el árbol y no perderse en el bosque

Los árboles genealógicos son herramientas de oro para descubrir puntos oscuros que se reiteran a través de los años. En algunas familias se siembran “secretos patentes” (como los llama Goethe): esos saberes que a fuerza de repetirse se cristalizan como verdades, pero que son desmentidas de lo “real”: algo entre-visto, oído al pasar,

captado por un inoportuno abrir de puertas, alguien -un fantasma- que regresa del pasado...

No falta el primito furioso que en medio de un juego grita lo que él sabe y desconoce el otro (“No tenés ningún derecho porque sos adoptado”), siempre hay un integrante indiscreto, ansioso por contar o que paladea la venganza guardada dando a conocer lo prohibido.

¿Por qué revolver esos enigmas del pasado, para qué averiguar? Porque conocer nos libera de repetir y nos devuelve autonomía. Saber nos permite sujetar con nuestras manos las riendas de la vida. Y porque quien sabe ya no ignora: no es una frase de Perogrullo. Quien sabe ya no puede NO saber, ya posee una explicación a *su* verdad, esa que le relataron maquillada, con caretas, falseada. Recordemos que la verdad objetiva como tal no existe, pero a cada uno le alcanza con atisbar los bordes de su propia verdad psíquica, y para eso es preciso dedicar energía a un trabajo profundo con la historia personal.

A veces hay que tomar bríos y ser valiente para descender a los infiernos de una familia muy convulsiva, se necesitará osadía e intuición, decisión y firmeza para buscar datos y preguntar a unos y a otros, sopesar informaciones, revisar fechas, hacer cuentas y sacar conclusiones. La filiación no es un tema sencillo de develar: no se habla del aborto que tuvo esa mujer antes de tener a sus tres hijas, no se habla del tío homosexual (“Qué raro, Ricardo nunca nos presentó a ninguna novia”), no se habla de la relación clandestina entre cuñados, ni de la violación sufrida por la abuela cuando era empleada en la casa de sus “padrinos”.

Entrar en la investigación de los árboles genealógicos es tanto buscar hacia arriba (relaciones entre las ramas, frutos, flores, copas y follajes varios) como hacia abajo (raíces, suelo, sequías, diluvios, piedras). En el encuentro (o desencuentro) del arriba y el abajo está nuestra identidad.

Dibujar/narrar el árbol nos ayuda a identificar esos nudos/personajes familiares que funcionan como el cochero

que guía nuestros caballos y nos niega la libertad de trotar a nuestro aire.

La psicogenealogía estudia el inconsciente de un clan, de un linaje. Va más allá del sujeto individual. Abarca con su mirada a los ancestros, los guardianes de duelos sin resolver, vergüenzas sin superar, relaciones incestuosas, estafas o crímenes.

Es una herramienta que permite la reconstrucción de la historia familiar, desanuda los secretos traumáticos que se vienen repitiendo y que siguen siendo “acontecimientos presentes” a modo de fantasmas, aunque hayan sucedido muchas décadas atrás, a veces siglos. Se propone como técnica terapéutica para aclarar las relaciones personales y familiares. Ver el nudo para poder desatarlo.

Freud apenas enunció la problemática: se centró en el sujeto y en los recuerdos reprimidos de la infancia, pero bien sabía que la función de los mayores en la formación del niño tenía una influencia absoluta. Él mismo padeció la culpa de ser el niño mimado tras la muerte de un hermano que lo precedió.

Jung, su díscolo discípulo, nos abrió al concepto de inconsciente colectivo y Anne A. Schützenberger (3) vinculó el inconsciente colectivo con el inconsciente familiar, dando inicio a este enfoque conocido como psicogenealogía. Así, en palabras de Didier Dumas, el enfoque transgeneracional tiende un puente entre el inconsciente individual postulado por Freud y el inconsciente colectivo de Jung.

Por su lado, Jacob Lévy Moreno (4) habla de co-inconsciente de grupo. Determina que las dos ramas - materna y paterna- no tienen la misma incidencia en la subjetividad de cada uno de los hijos, pero que hay un entretejido común que circula entre quienes comparten una familia. Aun así, la presencia de una línea puede predominar sobre la otra. Uno de los dos linajes va perdiendo espesor, mientras el otro ejerce su potencial hereditario en los descendientes de manera más acentuada.

El inconsciente familiar se transmite de una generación a otra y guarda lo *in-nombrable*. Ese silencio tan bien encriptado se oye a pesar del esfuerzo por hacer “oídos sordos”. Funciona un tiempo, pero el eco agudizado llega de alguna forma a la siguiente generación o a la próxima y estalla: como enigma, como enfermedad, como sufrimiento, como algún tipo de incapacidad (fobias, problemas de aprendizaje, compulsiones), con determinadas elecciones, adicciones, deudas o exigencias.

¿Por qué hay secretos que se perpetúan? Porque ante lo terrible no hay palabra. Y ya sabemos: lo no dicho enferma y se transmite a la próxima generación. Es, por tanto, tarea de la psicogenealogía desentrañar las raíces tortuosas que en la actualidad rebrotan en la personalidad, los traumas, las decisiones, los dolores físicos y psíquicos.

Así como recordamos con más fuerza aquello que NO hemos terminado, (5) lo mismo sucede con las situaciones congeladas que soportamos como miembros de un grupo familiar. Si recibimos esa “papa caliente” (6) y la largamos para que otro se haga cargo, la papa seguirá quemando y en ese vano intento repetiremos las fórmulas del pasado sin éxito. Es la peor herencia para legar a los descendientes. Nunca es tarde y hoy debe comenzar la tarea de indagar sobre “eso que resuena”, perturba y pide concluirse. Darse cuenta ayuda a superar obligaciones impuestas, mandatos grabados a sangre o duelos interrumpidos.

Herencias

Yo heredé esa vieja cómoda de roble con grabados en madera dorada. Mi hermana, el anillo de aguamarina que usaba la abuela.

A mí me tocó aquel costurero de mimbre que adoré en la infancia; y los dedos, las tijeras, y hasta algunos carreteles

de hilos sin empezar...

La tía -que no tuvo hijos- dejó para su sobrino mayor el juego de copas de cristal de Bohemia, verde transparente, con incrustaciones de rosas talladas y bordes de plata.

A mi padre le ha quedado la caja de herramientas del taller familiar. La caja vacía... las herramientas se las repartieron entre los demás hermanos.

Heredamos, pedimos, nos reservamos, peleamos por objetos "cargados". Amados y deseados, pero con gran peso -propio y ajeno- en nuestro inconsciente. Son recuerdos de familia que queremos conservar, legar a la siguiente generación como testimonio o certeza de haber existido, pero sin ser demasiado conscientes de la rémora del tiempo, de los sucesos que no fueron relatados, de las ansias que desconocemos y que vienen en el mismo paquete.

Junto con esos bienes, nuestros mayores nos pasan mandatos, expectativas y secretos. Desmontar el silencio implica encarar pequeños gestos y reflexiones: conocer qué foto se guardó oculta en el último cajón de esa cómoda, en qué circunstancias entró ese anillo a la familia, qué se cosió y descosió con los instrumentos del codiciado costurero, por qué la tía sin hijos eligió a ese sobrino para legar las copas, cuántas batallas se libraron por las pinzas, tenazas, martillos y clavos de la herrería familiar. Consigna: conocer hoy la verdad para no ser transmisores de fantasmas.

La verdadera historia familiar nos pertenece tanto como el juego de cristal o las alhajas a repartirse. El análisis transgeneracional procura echar luz sobre estos no-dichos que toda familia guarda. ¿Cómo disparar sobre una memoria falsa, que ha olvidado situaciones dolorosas o vergonzantes? El análisis psicogenealógico tira del hilo del recuerdo dormido, lo acerca al presente y deja ver las huellas ancestrales mientras dibuja/relata su árbol.

Serge Tisseron nos enseñó que los secretos de familia son tóxicos si se oculta algo en torno al origen y la muerte, si

está prohibido saberlo por vergüenza o temor a la deshonra y si provoca sufrimiento en un miembro si se descubriera la verdad.

Nuestro inconsciente no solo “guarda” las experiencias “borradas” de nuestra primera infancia –como nos dijo Freud–, también almacena las de nuestros padres y abuelos –como sostiene Nicolás Abraham– y con ellos la memoria de nuestros antepasados más lejanos: ahí se amontonan como en un desván sellado las consecuencias de las masacres étnicas, traumatismos colectivos como guerras, deportaciones, campos de detención, secuestro de niños por parte del Estado, hambrunas y exilios. Son los secretos ancestrales más comunes.

Tenemos una psiquis transgenealógica

A la teoría freudiana de la represión o amnesia infantil se suma el inconsciente de los padres que les han transmitido a sus hijos sus propias amnesias de infancia y que a su vez traían de sus abuelos, y la lista sigue... Es decir, no siempre el trauma que se aloja en nosotros pertenece a la propia experiencia, sino que proviene del inconsciente de los ancestros.

¿Le damos a cada hijo lo mismo? ¿Son todos los hijos iguales? Sabemos que no. Como los cinco dedos de la misma mano, son todos diferentes y vienen a cumplir distintas funciones. A lo heredado común se añade el contexto en que se concibe a cada hijo, las expectativas puestas según el orden de llegada, el sexo, la situación personal del matrimonio (la evolución de la relación, años de convivencia, estado económico, duelos, etc.) y, finalmente, lo que cada sujeto va adquiriendo: gustos, elecciones, creencias, costumbres.

La pulsión de saber se juega en la base de las búsquedas personales. (7) Ante la pregunta infantil sobre el origen - ¿cómo venimos al mundo?, ¿cómo se “fabrica” un niño?- se esconden otros interrogantes: cómo fue la escena original, cómo me engendraron, cuánto me desearon. En ese mito fundacional revelado, el sujeto intenta situarse y comprenderse.

¿Cómo es posible -se preguntaba Freud en su conocido ensayo sobre lo ominoso- que algo familiar devenga en horroroso? (8) ¿En qué condiciones aquello de tan larga data retorna y se vive como siniestro? ¿Cómo fue posible que lo que debía permanecer oculto por su poder destructivo salga a la luz y la verdad resulte reparadora?

Cuando la curiosidad infantil es sofocada en un trámite que incomoda al adulto interrogado, aparece la información falaz, la distracción que desvía el interés del niño, el silencio, y se instaura la patología del secreto.

Tres pilares constituyen la identidad: qué me dan, qué esperan, qué pongo. En los tres se oye el eco de la lengua familiar -siempre nuevo y renovado pero siempre el mismo: eso que denominamos “aire de familia”-, la voz de los antepasados, qué le dieron al nacer a mi padre y a mi madre, qué esperaban mis abuelos de ellos y qué hicieron ellos para aceptar o violar el guión preestablecido.

La conciencia común o fuerzas inconscientes que hacen que los miembros de un mismo clan se comporten de determinada manera que los marca de modo característico pueden ser motivo de orgullo o de deshonra, de tesoro o trampa, (9) de acuerdos tácitos o de pactos subvertidos, de salud o adicciones, de vocación artística, científica, comercial o de delincuencia y criminalidad.

“No somos tan libres como creemos -dice Schützenberger-, pero tenemos la posibilidad de conquistar nuestra libertad y salir del destino familiar repetitivo de nuestra historia si comprendemos los complejos lazos que se han tejido en nuestra familia y descubrimos los dramas

secretos, las palabras que nunca se dijeron y los duelos inacabados”. ([10](#))

La propuesta de este libro

“Escribir es, pues, a la vez, revelar el mundo y proponerlo como una tarea a la generosidad del lector”.

ROLAND BARTHES

Con ejemplos tanto de personajes emblemáticos de la historia universal, como de pacientes anónimos, desarrollaré en los siguientes capítulos esos puntos críticos que sedimentan en el inconsciente de las personas atravesadas por secretos familiares.

A modo de mapeo de las propias instancias personales, citaré ejemplos de la sincronía de ciertas fechas o “síndrome del aniversario”, la repetición de dolencias físicas y psíquicas, las relaciones más cordiales/más traumáticas, los enfermos imaginarios y programados, el “tonto” designado por la familia, los contratos ocultos, las mentiras heredadas, la delegación de la deuda parental, la elección de la carrera profesional, las huellas arcaicas en la memoria genealógica sobre moral o política, los celos y la triangulación como moneda para saldar la cuenta ancestral, el peso de los muertos en la elección del nombre, los “tics” o “aire de familia” y esas repeticiones a lo largo de varias generaciones que suenan tan conocidas...

Una canción muy popular reza: “No soy de aquí ni soy de allá, no tengo edad ni porvenir y ser feliz es mi color de identidad”. Sin embargo –en esta oportunidad– la metáfora es engañosa. La vida no es así como plantean los bellos versos de Facundo Cabral. Esa intención de sentimiento

cósmico y universal es muy bonita, pero para lograr ese estado primero hay que atravesar *los aquí, los allá, la edad y el porvenir*; para ser feliz hay que saber de dónde venimos, saber que la historia personal nos atraviesa desde lejos y que el futuro de nuestra salud y bienestar depende de re-conocernos y diferenciarnos de nuestros ancestros.

Me interesa averiguar, a partir de la reconstrucción comentada del árbol genealógico, qué permanece vivo del pasado en nuestra forma de vivir el presente. Es esa actitud “viva” la que posibilita la interpretación y el análisis de las historias personales.

¿Cuántas veces nos sentimos mal justo antes de ir de visita a casa de alguien que nos recuerda a nuestro abuelo?, ¿de cuántas maneras y estrategias tratamos de esquivar la mesa de Navidad en casa de esa cuñada?, ¿cómo resolvemos la angustia que nos genera la primera cita de amor o la primera entrevista para el trabajo tan anhelado?

Convengamos que a esta altura de los avances en estudios psicológicos justificar todo esto en la genética, el ADN y la herencia biológica resulta insuficiente. Hay una transmisión inconsciente que se inicia en el útero de la madre, que proviene del útero de la abuela y de la bisabuela, y llega hasta donde podamos acceder con datos en cada caso. Y agreguemos: en la misma concepción ya está presente la memoria paterna, la memoria del abuelo, del bisabuelo y hasta donde podamos llegar...

La consigna es ir a los comienzos. Todo inicio es, en lo esencial, un acto de retorno, un volver atrás que nunca describe una recta o camino lineal: hay saltos y sobresaltos. Y esa búsqueda debe intentar sortear falsos datos, encrucijadas y puntos ciegos del relato que toda familia esconde. El objetivo es avanzar en dirección contraria a las agujas del reloj, ir hasta lo más “original” para llegar al *Big Bang* familiar.

¿Para qué? Para “reparar” (en el doble sentido: ver bien y sanar) en esas casualidades y coincidencias, repeticiones de

acontecimientos y fechas, accidentes y vocaciones. Ver para permitirnos organizar el pensamiento y la memoria. Y sanar.

Cuando se reconstruye el dibujo del árbol aparecen recuerdos olvidados, datos fugazmente entrevistados antes, conexiones entre los hechos... Fluye su savia y sabemos lo que antes se nos impidió conocer y procesar.

No siempre un cáncer de mama es hereditario, ni caerse por una escalera a los 18 meses, rodando hasta la base; no viene en el ADN suicidarse en las vías de un tren ni está inscripto en ninguno de los cromosomas la decisión de exiliarse (coincidentalmente como ese miembro de la familia que también cruzó el océano a la misma edad): nada de esto es cuestión del azar... Hay marcas de origen que van viajando transgeneracionalmente.

La mirada incrédula de muchos lectores se estará preguntando ahora: ¿cómo ha podido pasar toda esa información de una generación a otra? ¿Cómo se ha transmitido ese saber inconsciente para ser copiado/repetido al pie de la letra?

Si aceptamos que hay un inconsciente intrauterino compartido entre madre e hijo, si además también creemos que existe lo denominado co-inconsciente familiar y de grupo, según Moreno (y esto por no abundar en las teorías de las ondas morfogénicas de las que habla Rupert Sheldrake) ([11](#)) podemos decir que la información aportada por la memoria celular física y psíquica nos constituye y nos habita.

Eso es la memoria afectiva, psíquica y física: caudal transgeneracional de recuerdos borrosos o lacunarios, marcas de identidad y otros saberes que intuimos cuando algo suena a desajuste. Para empezar a darse cuenta, las preguntas clave en cada caso parecen resumirse en: ¿a qué estoy siendo fiel?, ¿con el deseo de quién se encubre el mío?, ¿en qué me estoy traicionando?, ¿por qué vuelve a pasar esto en nuestra familia otra vez?

Ya lo sabemos, ser médico o terapeuta no nos salva de la enfermedad o el dolor psíquico; sería ingenuo pensarlo y qué fácil resultaría la ecuación para liberarse de las penurias de la vida. En cambio, podemos afirmar que el autoanálisis, la práctica terapéutica y el deseo de cambiar el rumbo a nuestra vida hace posible comprender la enfermedad y el dolor psíquico. Todos somos pacientes potenciales. Y todos tenemos la posibilidad de la cura. Cada afectado sintoniza a su tiempo con la sanación, en su ritmo, con su lenguaje y con sus recursos.

Este libro intenta ser otro medio para que, llegado su tiempo interno de tomar conciencia, encuentre herramientas para producir la muda de piel, la renovación, la metamorfosis, el corte. El objetivo es interrumpir el patrón de antaño que se sigue reproduciendo.

Ejemplifico: la abuela (N) cría sola a dos hijas (A y B), una de ellas repite el molde (A). Cuando se case -y más tarde se separe- criará sola a sus dos hijas (D y C). Una de las chicas (D) asume ser el sostén económico de la madre y decide no tener hijos; la otra (C) -cuando le toque ser madre- también será abandonada por su marido luego de diez años de casada y criará sola a su única hija (E), quien asumirá -una vez más- la responsabilidad (la carga) de sostener a su madre: (N), (A), (D), (C) y (E) continúan y repiten la misma cadena genealógica

Darse cuenta permite reflexionar sobre estas repeticiones en el interior de una familia, acompaña el proceso de corte y facilita “escribir” el propio guión, “cambiar de película”. Renacer, traernos al mundo nuevamente, como hizo Frida Kahlo en su pintura *Mi nacimiento*.

Otras preguntas que usted puede hacerse en este punto de la lectura: ¿la exploración transgeneracional es una dinámica terapéutica válida para todas las personas? ¿Todos necesitamos transitar por este tipo de análisis? Tal vez la respuesta más justa sea: lo necesitan quienes lo necesitan, es decir, quienes “saben sin saber” que hay un secreto, un